



ANTIGUO CASTILLO Y CONVENTO DEL CARMEN EN LA FLECHE.

La Fleche tiene derecho á que se le suponga un origen muy antiguo, y aun debió tener en la edad media cierta importancia como posición militar. Su castillo, del cual solo subsiste una pequeña parte, debía á su ventajosa posición, en medio de las aguas del Loira, el ser considerado como una de las principales fortalezas del Maine y del Anjou: sostuvo largos sitios en diversas épocas, y si hemos de atenernos á las tradiciones del país, quedó destruido por los ingleses, después de la batalla de Beaugé. El célebre campanario de la aldea de santa Colomba, situado en la opuesta orilla del Loira, y del cual solo permanece en pie un lienzo de muralla, fué arrojado hacia la misma época. Esto sin embargo nos parece poco probable, porque los ingleses, después de su derrota, se apresuraron á abandonar la Normandía, evitando con empeño todo cuanto podía retardar su retirada. Es más verosímil creer que el castillo de la Fleche estuvo ocupado por los ingleses, lo mismo que las demás fortalezas de la provincia, y que quedó arruinado cuando las tropas francesas hicieron huir de él á los extranjeros. Sea de esto lo que fuere, después de haber pertenecido por largo tiempo á señores y turbulentos barones, el antiguo castillo, ó más bien la parte que se libró de la destrucción, fué otorgada en 1620 á los monjes del Carmen por Luis XIII, á condición de que viviesen sin mendigar y de que estrajesen del lecho del río los escombros de las fortificaciones que obstruían su curso impidiendo la navegación.

A dichos religiosos se debe la conservación de la vieja fortaleza; reparóronla á expensas de la orden, y el abrigo de sus vetustos muros

construyeron una casa conventual, que venida en la época revolucionaria, llegó á ser una morada encantadora.

Toda via se enseña en uno de los arcos que sostienen las bóvedas un agujero bastante estrecho, por el cual se dice que hubo un obispo de Maus, llamado Hoel, que Elias, conde de la Fleche, tenía preso en la fortaleza con el objeto de corregirle caritativamente de ciertas propensiones belicosas, muy poco en armonía con el espíritu evangélico, y también con el de vengarse de la excomunión lanzada contra él por dicho prelado. Esta épicica nada tiene de inverosímil, pues se encuentran muchos actos semejantes en las historias de aquel tiempo; pero parece imposible que un hombre hubiese podido pasar por aquel agujero, por muchos ducos que tuviese de adquirir la libertad.

En el sitio más ancho del río se celebraba anualmente el día de la Trinidad la extraña ceremonia llamada Quintana. En virtud de una carta de época remota, el señor de Clef debía facilitar una estaca, que se plantaba en medio del Loira, y los carniceros, los molineros y los pescadores de la población estaban obligados á acudir unos tras otros en un bote guiado por dos remeros, para romper una lanza contra ella. Cada justador tenía derecho á tres carreras; pero si á la tercera no rompía su lanza, el torpe campeón debía pagar una multa á su señor. A estos ejercicios acompañaban á veces accidentes bastante serios. En fin, en el año de 1787 los de la Fleche se consternaron tanto por la caída de un carnicero, que á duras penas pudieron sacar del agua, que suplicaron al duque de Prádin aboliese tan peligrosa costumbre.

18 de Julio de 1852.

En la orilla del río y en el mismo paraje que servía de teatro á estas justas náuticas, se eleva hoy todavía un pabellón pequeño, de construcción bastante singular, y en cuyo terrazo se sentaban las damas del castillo para disfrutar del espectáculo de la Quilana.

El buen rey Enrique dió al marqués de la Valence, su favorito, una porción bastante considerable de las dependencias del antiguo castillo: todos los diccionarios geográficos que hemos consultado, á fin de averiguar el sitio en que hizo construir el castillo, están acordes en que era notable por el lujo de sus muebles: hace muchos años que fué demolido, y en parte del terreno que ocupaba se levanta hoy uno de los barrios más agradables de la ciudad.

Se cita también como una de las principales antigüedades del país una torre aislada, que llaman la *Arthoisière*, que se eleva en la promontoria de San German, y que se va desde el camino real de París. Es muy difícil determinar su origen y su uso: la opinión más recibida es que se reducia á un punto de reunión de cazadores. Lo que no aseguraremos bajo nuestra responsabilidad es lo que crecen los habitantes del país, á saber, qué San Luis honró con su presencia el castillo. Dicha torre, que cuenta grande antigüedad, amenazaba arruinarse, cuando fué comprada por Mr. Lehuire, sub-prefecto de la Flecha, quien por medio de inteligentes reparaciones conserva á sus administrados un monumento que tienen la costumbre de considerar como una de las maravillas del país.

El colegio es una grande obra y un establecimiento importantísimo. La iglesia parroquial un edificio soberbio, de color negro; la parte del coro es mucho más antigua que el resto; dominaba en otro tiempo á su cúpula una flecha magnífica y dorada, que se elevaba á grande altura; pero el 18 de diciembre de 1725, dia infuasto, un violento huracán, entre otros destrozos que causó, derribó aquella flecha, que al caer mató á un valiente capitán de artillería en su propio lecho.

La ciudad de la Flecha, como hoy existe, se encuentra en medio de un fresco y frondoso valle regado por el Loira; la atraviesa el camino de París á Nantes. Es una pequeña población, bien construida, con buen empedrado, pero sin importancia alguna comercial. Debe atribuirse claramente á la natural indolencia de sus habitantes la falta total de industria en un pueblo tan ventajosamente situado á orillas de un río navegable en todas estaciones, y donde se cruzan numerosos caminos que le ofrecen medios de rápida comunicación con París y con los departamentos inmediatos.

En efecto, antes de la supresion de las órdenes religiosas, la Flecha contenía en su recinto muchos conventos, que daban impulso á bastantes industrias locales: con ellas vivian un pöco artesanos. Además de esta, los habitantes necesitados recibian con regularidad abundantes limosnas, que asegurándoles el pan cotidiano, les hacian partícipes de la ociosidad de los buenos mojes que les alimentaban.

En tiempo de la república, la Flecha debió tomar necesariamente distinto aspecto. Colocada en el límite de las provincias insurgentes, pasaban por allí los ejércitos que se enviaban á la Vendée, y aun se convirtió en teatro de la guerra. Cuando el ejército vendeano, perseguido por los republicanos, intentó pasar á Bretaña á fin de salvarse á sus habitantes y continuar una guerra imposible, su marcha quedó interrumpida delante de la Flecha, que solo fué tomada después de una vigorosa defensa. Esta tardanza dió tiempo á los republicanos para acudir y destruir en las calles del Maas á aquel ejército descomulgado, presa de crueles enfermedades. Los habitantes de la Flecha recuerdan todavía el paso de aquellos infelices realistas, que abandonaban su país arrastrando miserablemente consigo á sus familias, á sus gaudos y sus instrumentos de agricultura.

La Flecha no tardó en hallarse en su estado de habitual tranquilidad, que solo se turbó desde muy lejos por el estruendo de las victorias y de las revoluciones que señalaron el principio del presente siglo. Desde entonces se entiza estrechamente su historia con la del colegio que hoy le es una importancia verdadera.

DE LA EDUCACION.

Artículo I.

La educación de los niños se ha fundado hasta ahora en la máxima de que es preciso prepararlos á ser hombres. Esta máxima, buena en el fondo, ha conducido en su aplicación á muchos errores. Bajo su influencia se ha levantado una inmensa máquina intelectual, con que se ha abrumado la razón de los niños que empezaba á despertar. A su cadera infantil y que ciñe la corona de oro de los ángeles, se ha pretendido dar los cuidados que solo convienen á las cabezas estivas. En la ansiedad de hacer hombres, se ha mutilado la vida humana, estinguendo en su origen todos los mejores sentimientos y promesas

ideas que forman la esfera en que se mueven el corazón y la inteligencia del niño. En una palabra, queriendo que esas tiernas plantas anticipasen el fruto que solo en su día debían dar, se las ha metido en la estufa sofocante de nuestras escuelas, aviviando así los gérmenes de su desarrollo, pero sin lograr por este medio mas que una vegetación artificial, falta de los bríos que hubiere adquirido al aire libre y bajo la influencia saludable de las estaciones. El objeto de nuestro trabajo no es otro pues que rectificar la máxima con que lo empezamos, haciendo ver los vicios á que ha dado origen, y los grandes perjuicios que se siguen de su práctica al hombre y á la sociedad. En este primer artículo estudiaremos las fuerzas y condiciones de la inteligencia infantil, para ver lo que la conviene; en el segundo haremos la crítica del sistema de educación que generalmente se sigue; y en el tercero y último espondremos el nuestro, con las precauciones que exige tan delicado punto.

Basada la educación en la idea á que se subordinan todas las demás, de hacer al niño apto para todas las grandes posiciones sociales, se le dá desde muy temprano una instrucción en que alternan la política con la moral, la religion con las ciencias, las artes con la filosofía, ó lo que es lo mismo, llenan su cabeza de todos los grandes pensamientos que han hecho enriquecer prematuramente á los sabios de todas las edades. Se le habla de los misterios de la religion, y de los secretos del arte; de las pasiones públicas, y de los deliciosos tormentos del globo; de las prescripciones de la moral y de los deliciosos tormentos del amor, y después de haber mareado su inteligencia con tan diversos cuadros y tan varios panoramas, se le cree ya instruido lo bastante para abandonarle á merced de un mundo que no conoce, porque lo ha contemplado desde un punto de vista falso, como que no tenía la gran convicción que se necesita para penetrar sus leyes, cual es tener en sí mismo el secreto de sus peripecias y la razón de sus fenómenos. Contad sino á un anciano vuestros amores, á un jóven vuestras cavilaciones políticas, á un hombre maduro vuestros juegos de la infancia, y os oírán con indiferencia, lo cual procederá del punto de vista en que se colocan para escucharlos, punto de vista que dá la edad, que no se forma solo de los años, sino de los mil elementos que entran en la composición de lo que llamamos nuestro ser actual, colorado entre el día de ayer y el de mañana, y á la vez con aptitudes naturales que se van desarrollando para cada una de sus situaciones. Por este medio, conviene á saber, amontonando los conocimientos en la inteligencia del niño, se proponen sacar de él un hombre completo, desarrollar en él los gérmenes de lo bello, de lo verdadero, de lo bueno y de lo justo, últimas ideas y resumen de todos los conocimientos humanos, y por último resultado y como término positivo de este trabajo, levantarle con el tiempo á las sillas cumbre del patriado ó á la tripode de las inspiraciones académicas, ó lo que es lo mismo, hacerlo hombre de gobierno ó de doctrina, práctico ó especulativo, pero siempre dominando á los demás por la alta base que le dá la educación recibida. Queremos pues probar, contra el sentir de la generalidad, que no se pueden conseguir estos fines mas que de un modo imperfecto, por medio de una educación prematura, y que dado caso que se consiguiesen, serian enteramente inútiles, y no llevarian á otra cosa que al amonadamiento físico ó á la estincion moral del individuo.

Se ha dicho con alguna verdad que los hechos morales no se ajustan de un modo estricto y en un todo á los hechos físicos, y que por medio de estos es muy difícil, sino imposible, explicar las leyes de las cosas abstractas y las funciones íntimas del alma. A pesar de que concederemos alguna parte de verdad á esta proposición, siempre es preciso conocer que solo de este modo, imperfecto y todo como es, se puede llegar á presentar y hacer perceptibles los hechos que se refieren al mundo de la inteligencia, puesto que estos, en sí mismo considerados, no entran en el dominio de nuestros percepciones, y que solo vestidos con el traje y forma material, logran impresionar nuestros sentidos. Figúrenos sino una entidad moral cualquiera, sin referirla á alguna cosa concreta y determinada, y se nos escapará de entre las manos como el aire. Así pues tendríamos que establecer en estos artículos muchas comparaciones con el órdén físico, no ya para preguñar el valor absoluto de las entidades morales, sino para hacerlas comprender. La primera observacion de este género que tenemos que hacer, se funda en la estrañeza que causa ver el inabundante modo de proceder del hombre, que á la vez que ha considerado multitud de ocupaciones materiales como superiores á las fuerzas del niño, ha creído sin embargo apta su inteligencia, desde sus primeros albores, para toda clase de esmero. Probado está que un trabajo anticipado destruye el organismo del individuo, no dejando modos á su cuerpo, y matando en su frente y principio los ricas gérmenes de la actividad vital. ¿Cómo pues no se ha aplicado esta misma regla á la educación moral, y se ha abrumado la inteligencia de los niños con una carga que debe aplastarlos y producir respecto de ella, los mismos efectos que el trabajo material engendrará respecto del organismo físico? lamentable error ha sido este, que mas de una vez hemos tenido que deplorar, citándose muchos casos de

naturaleza gastadas antes de empezar a vivir y que han tenido una virilidad decrecida por haber alcanzado una infancia vital hecha esta primera objeción general al sistema de educación prematura, empezamos a ocuparnos en el examen que hemos prometido de la inteligencia del niño, para hacer resaltar lo vicioso del empleo que actualmente se le ha dado.

En la enseñanza hay siempre dos entidades necesarias y correlativas: lo que se enseña, y la persona en quien la doctrina se ha de encarnar y que ha de alimentar del pasto espiritual. Así pues es preciso que haya cierta correspondencia y homogeneidad entre el objeto y el sujeto, y que estas dos cosas puedan unirse y asimilarse, sin lo cual la semilla sembrada lo sería como en erial ó como en tierra que no está convenientemente dispuesta á recibirla.

Dos elementos cardinales encontramos en el niño que deben aprovecharse en su educación: el deseo de conocer y la necesidad de admirar. Recien venido á un mundo lleno de objetos que le son extraños, no hay nada que, por la forma de su estructura ó la viveza de su color, no le sea atraída y no le impulse á una entusiasta contemplación. Sus admiraciones son éxtasis y sus sorpresas arrobos, encontrando el incentivo de la novedad en cuanto ajeznan sus sentidos. Pero las ideas que el niño recibe de las cosas son simples y van á él como emanaciones directas, y solamente como un reflejo que los objetos externos envían á su alma. La reflexiva y el juicio no pueden existir en él, porque ambas á dos son cosas que nacen de la comparación y de la paridad ó disimilitud que existe entre unos y otros objetos, y entre todos ellos á la vez respecto de ese gran tipo supremo y puramente subjetivo que es como el resumen y la quinta esencia de una multitud de operaciones anteriores del entendimiento, las cuales han dado un resultado común y han venido á formar lo que llamamos la conciencia. De estas ideas simples y directas, la inteligencia del niño saca gran motivo de admiración. En edades mas avanzadas, el entendimiento del hombre no solamente está ya cansado de admirar, sino que á la vez se halla poco dispuesto á la sorpresa. Por distintas que aparezcan las cosas entre sí, todas tienen una íntima relacion y algunos puntos de contacto que son como los azos mas ó menos visibles que unen las partes al todo, por medio de esa gran ley, que las ciencias se encargan ahora de probar, y que la filosofía procura ya de antiguo con el nombre de armonía universal. De aquí resulta que no hay nada que para el hombre adulto sea enteramente nuevo. La inteligencia está llena de reminiscencias que son otras tantas trabas á la admiración. Los sentidos nos dicen que el objeto que miramos es nuevo; porque ninguno otro los tocado hasta aquel punto su cabal apariencia; pero una voz interior nos revela que la idea de aquellas perfecciones ha iluminado ya, bajo otras mil distintas formas, la esfera de nuestra inteligencia. Tenemos pues que conforme el hombre avanza en la vida, se hace menos capaz de entusiasmo. Las gentes simples atribuyen esa indiferencia al frío de la edad y á la tibieza que mudan los cabellos canas, sin ver que la psicología nos da una razón natural de ese indiferentismo estéril. No sucede lo mismo con el niño: su inteligencia es una tierra virgen que aguarda la semilla que se le quiera echar. Circula por su superficie una savia vigorosa que no espera más que la primera planta á cuyo crecimiento y desarrollo haya de contribuir. Así se ven levantarse en la inteligencia del niño esas creaciones abultadas y gigantescas, que son como los productos de un suelo que no está postrado por el trabajo y por el resquebrajamiento de la sustancia vital. Examinad sino las proporciones de toda idea que ha llegado á incubarse en la cabeza de un niño, y la vereis al momento perder las condiciones de la cosa real, para entrar en el dominio de la imaginación y revestir la forma de la quimera. Consultad sus deseos y decidme luego si acertais á ponerles como ni medida. Siempre llega la idea á los últimos términos de la expresión, y sino la exageran mas, es porque la lengua está rebelde á los límites de su pensamiento. Todas esas sombras y visiones que los constantes, no proveyen sólo, como se cree, de la ignorancia en que están de la causa real de los fenómenos que dan origen á su terror ó su sorpresa. Si entrá por algo esta causa en la adquisición de su mente, debe contarse todavía mas que con ella, cuando se trate de dar la razón de estos fenómenos, con el aislamiento y la soledad en que se encuentran en la cabeza del niño las ideas que los producen, señoras y dominadoras de un imperio que avasallan á su estado.

La inteligencia del niño no solamente recibe las ideas como una imposición de los objetos, sino que á la vez las hospeda y las recibe con cariño, y las rodea de todos los cuidados del amor infantil. Su admiración es apasionada, y no juega en ella solamente la inteligencia, sino que á la vez se interesa su alma, resultando de aquí que las ideas no caen en su cabeza como en la del filósofo, para atormentarla y para ser su trabajo y su pena, sino que firman su placer y son como otras tantas flores de su entendimiento que lo perfuman y lo engañan. La contemplación del hombre adulto tiene los caracteres de una absorción pasiva y de una tension violenta de los resortes intelectuales. Las mil ideas que se disputan su imperio, luchan en él con vigor, y solo por un su-

premo esfuerzo de la voluntad lográ hacerlas callar á todas para silenciar la voz de su idea predilecta. Pero en el niño no hay lucha ni violencia. Sus creencias son sencillas y espontáneas, y nacen como la yerba en un campo fértil, sin cultivo y sin trabajo. Nada disputa el campo á la idea nueva: entra en la inteligencia con paso desembarazado y libre, y pasa por ella con las galas y las alegrías del triunfo, pero sin haber costado las lágrimas de la batalla y los horrores de una lucha cruel, que suele ser el triste prólogo de todas las conquistas y de todas las dominaciones. De aquí que el niño no maldega nunca de sus ideas, ni turban éstas por un solo momento la calma angelical de su alma. No son ellas como huérfanas devastadoras, sino como amorosas viajeras que vienen á contactar cosas extrañas de nuevas y misteriosas regiones. Comparad la contemplación del filósofo con la del niño. Observad la frente del primero, contraída por la violencia de la atención, y sus ojos fijos y atentos, pero sin luz ni brillo; y como si hubiesen delante de sí una refracción luminosa del objeto inferno. En silencio se peña, y de vez en cuando se le ve golpearse la cabeza como si estuviese rebelde al mandato de la voluntad, y como si se negase á soltar la chispa luminosa que esconde en su seno, y que ha de alumbrar las oscuridades de la idea. Está distraído, y apenas piensa en satisfacer las mas imperiosas necesidades materiales; pero el cuerpo, amarrado por la voluntad, manifiesta luego las señales de su violencia. Las arrugas prematuras y la blancura del cabello son signos inevitables de toda ocupación mental largamente proseguida, y en que se ha empleado una coacción violenta sobre el mecanismo humano y sobre el libre juego de la inteligencia. Examinad ahora los caracteres de la contemplación del niño. También él está horas enteras en una distracción completa de los objetos exteriores, y en una absorción mental prolongada. El objeto llega á producir en él esa fijez de la inteligencia que llamamos meditación, si bien en el niño no puede tomar ese nombre. Sorprendido en uno de sus juegos, y le vereis inquietarse y sentir si le apartais del objeto que alimenta su curiosidad, prueba de que apasiona su alma. Los primeros éxtasis de la infancia se justifican bien por el efecto que en los niños produce la luz. Es una mezcla de concentración y dilatación del espíritu, completamente entregado á una idea, pero con cierto gracioso abandono que no se parece en nada á la violencia. Avasallate la idea, pero con cadenas de flores; se halla ligado inevitablemente al objeto que causa su admiración, pero al marchar hacia él cree que va por sí, y que no le llevan; no siente la coacción, y vive en la esclavitud como el pájaro habitado á la jaula. Los labios del niño se sonríen como movidos de un placer inevitable, y se animan sus ojos con el resplandor que refleja en ellos la chispa que se enciende en su alma. Esto consiste en que el niño realmente no medita, si por imitación ha de entenderse la ración que la inteligencia obra sobre los objetos y sobre las ideas, para pedirles cuenta de lo que son y de lo que valen. No hace mas que recibir con entusiasmo la nueva idea ó la nueva verdad, y retirarse en contemplación, sin pedirles cuenta de donde vienen ni adónde van. De aquí que, como hemos dicho, el niño se apasiona por los objetos de su fantasía y por las creaciones de su inteligencia, y que á la vez que se desarrolla esta, se desarrolla con mas vivacidad su sensibilidad.

Examinadas las condiciones predominantes del alma en el niño, encontramos dos que lleva necesariamente la edad: la imaginación, ó lo que es lo mismo, la facultad de realizar los objetos, y de revestirlos de formas y de proporciones caprichosas y variadas, ya tristes ya risueñas, y la sensibilidad, ó sea la pasión con que el alma acoge cuanto llega á ella, ya para rendirse bajo el influjo de una fascinación terrible, ya para convertirlo en fuente de alegrías supremas.

Reconocidas estas dos cualidades predominantes en el niño, la educación que se le dé ha de partir de ellas y hacerlas servir á la obra de su adelantamiento y perfección. Saliese de esas dos condiciones, es hacerse intempérido y hablarle de cosas que no puede entender. Serán pues adecuados para los niños todos aquellos estudios en que se llame á la puerta de la imaginación ó del sentimiento, siempre abiertos para recibir al huésped que llega á las tierras vírgenes de su alma. ¿Se sigue esta prescripción en la enseñanza actual? ¿Se arroja esta á la altura de la comprensión del niño? ¿Se le habla en su lenguaje y se emplean los medios más aptos para cautivar su atención? En nuestro sentir, de ningún modo. La educación de los niños no consiste ahora mas que en hacer en su memoria conocimientos sobre conocimientos, creyendo que con los datos amontonados se levanta el edificio de la educación.

En nuestro artículo inmedia lo probaremos la verdad de este aserto, avanzando hasta demostrar, que, como ya hemos dicho antes, aun cuando se logra el propósito de hacer de los niños hombres sabios, su educación no conduce á otra cosa que á su pérdida moral é intelectual, ó á la ruina de su organismo físico. La naturaleza, que no ha dado al pájaro en el nido las alas con que después huyendo los aires, no consiente con impunidad, que trocando las edades, se remonte la inteligencia del niño á las alturas que solo en época mas avanzada debe alcan-

zar. Cumplir todos los desarrollos que la infancia admite, sin salirse de su esfera propia y sin pedir un fruto anticipado á su edad: hé aquí el propósito adecuado de la educación, y el único natural y conforme á

la ley providencial, que quiso que las cosas viviesen en el tiempo, y que dentro de él cumpliesen sus destinos.

RAMON DE SATORRES.



(Penélope, mujer de Ulises.)

SIN NOMBRE.

(RECUERDOS DE VIAJE.)

(Conclusion.)

IV.

Al día siguiente pasaba favorecido de la suave brisa de la tarde un ligero bergantín por delante de aquella playa. Un jóven, apoyado en la obra muerta, contemplaba tristemente la costa que iba desapareciendo con lentitud á sus miradas: lágrimas amargas y silenciosas corrían de sus ojos, mientras que mil ahogados suspiros se abrían paso á pesar suyo desde el fondo de su pecho.

Siéntese siempre á la salida de un puerto cualquiera, una impresion de vaga melancolía, así como se experimenta una sensación de placer al arribar á cualquiera puerto del globo. Recuerdo con una especie de doloroso placer la tarde del 29 de setiembre de 1851. La fragata de vapor *Isabel II* salía majestuosamente de la Bahía de Puerto-Rico: la tripulacion del *Guarda-costa*, pequeña goleta, formada sobre cubierta, dió al pasar nuestro gigantesco buque, tres ó cuatro vivas á la Reina. La gente nuestra subió á las escalas, y desde allí contestó con otros tantos, pues no les permitía la elevacion de nuestra obra muerta contestar formados sobre el puente. Motivos tenía yo de tristeza, y graves motivos: sin embargo, habíame embarcado con cajulos ojos.

Al oír aquellos *hurrahs* tan sonoros, tan espontáneos, tan entusiastas, al ver aquellos rostros de la tripulacion del *Guarda-costa*, abrazados por los soles tropicales; pobre gente que victoreaba á su reina sin conocerla; sin saber que es buena y noble y generosa; al oír aquel homenaje tan sincero, destinado á no ser jamás conocido de la persona que era su objeto; mis ojos se llenaron de lágrimas, y pareciome oír en aquellos gritos juveniles no sé qué de lúgubre presagio, como si fuese el adios postremo que yo debia dar á las playas del país en donde vive mi madre, en donde mis hermanos viven, en donde reposan los venerandos huesos del mejor de los padres, en donde duerme en paz el último de mis hermanos, arrebatado casi en la niñez al amor de los suyos!

La vida es una continua peregrinacion; nadie sabe al despedirse de los que ama para la mas corta ausencia, si volverá á verlos; ¡es tan precaria la humana existencia, tan fácil de apagar ese destello vital que nos anima! Y empero al ver la grandeza de su deslumbrante resplandor en ese corto número de individuos que llamamos grandes hombres, parécenos que debiera durar eternamente; pero el fuego de la vida es como los otros fuegos; mientras con mas vigor arde, mientras mas devorador se ceba en su propia substancia, mas pronto se consume. La historia de todos los tiempos y de todos los países comprueba esta verdad. De un modo ó de otro, apenas ha habido un grande hombre que haya llegado á los últimos límites que la naturaleza ha señalado á la vida humana: Alejandro murió á poco mas de treinta años; Alcibiades, Pascal, Rafael, D. Juan de Austria, Gaston de Foix, lord Byron, murieron en su mas florida juventud. Napoleón mu-

rió de cincuenta y un años; considerando lo que hizo en los cien días, ¿no debemos creer que aquel grande hombre se hallaba en el pleno goce de sus fuerzas vitales en 1815?

Por lo demás, los grandes hombres vienen al mundo á iniciar las grandes revoluciones; pero todos están destinados á no ver la realización de sus gigantescas ideas: todos, como Moisés, mueren más ó menos apartados; pero sin reposarla cansada planta en la tierra prometida. Por su parte, el género humano permanece con la mayor tenacidad fiel á su caguera. De Jesucristo como de Napoleón, de Homero como de Byron, de Galileo como de Colón, se han podido decir con igual justicia aquellas palabras del evangelio de S. Juan: *Et lux in tenebris lucet, et tenebrae eam non comprehenderunt.*

Pero decíamos que la vida es una peregrinación, cosa que todo el mundo sabe y dice, y á propósito de tan manoseada sentencia, nos hemos olvidado de que estamos escribiendo una novela para el SEMANARIO, que no las inserta cuando son largas, y aun cuando las inserte, á los lectores no les importa un bielo nuestra opinión sobre la vida, ni nuestros dolores, ni... en fin, nada nuestro, como no sea esta que llamamos novela, y tiene, según se nos alcanza, mucho de verdadera historia. Pero, lectores nuestros y de tantos otros, á los poetas, yo lo soy algo, nos es muy difícil olvidarnos de nuestro propio ser, siquiera grande, siquiera microscópico, y por esta razón os entretenemos á fastidiaros con estas solidas de tono personales. Dios nos hizo así haciencia.

Pero vuelvo á Federico, no sin aprovechar antes esta ocasión de dirigir un recuerdo de reconocido afecto al coronel Salcedo, comandante de la *Isabel II*, y á todas sus amables oficiales.

V.

—Amo mío, decía un negrito que había seguido á nuestro héroe en su segundo viaje á Europa; son ya las seis y media, pero hace un día muy malo. *El horiscuro* está cubierto de nieve.

—¿Las seis y media? ¿No te dije que me llamaras á las seis? ¡Por vida del! Y saltando prestamente de la cama empezó á vestirse. ¡Ve por un carruaje!

—¿De dos, ó cuatrocientos, mi amo?

—De dos, despacha. El negrito salió volando.

—Y este Luciano que no viene! decía Federico mientras se calzaba á toda prisa las botas. De pronto lo interrumpió una voz muy conocida que entonaba el famoso himno patriótico conocido por *La Patrie*, *Peuple Français, peuple de braves, la liberté s'en va par les bras* (1).

—¡He! aquí, pensó Federico...

—*Et bien, mon char.*—¿Estás dispuesto á matar á ese café de tu compatriota?

—No es asunto para bromas, Luciano.

—No me chapreo, *On nous disait soyez trahes, vous avons dit soyez soldats!*—Sabes que ese pobre Desavigne se alegraría mucho de volver al mundo para vernos hoy gozar de la libertad que reabria en su tiempo los brazos? *Vive la République!*, es decir: *vive l'Empereur!*

—Luciano, en momentos tales, esa alegría es por lo menos intempestiva...

—Estoy alegre, porque tienes de tu parte la razón, y la fuerza, que es mucho más, digan lo que quieran los pensadores honrados, *¿Qu'importe la raison quand on a le fer?* (2)? Eres un forestista capaz de hacer sudar la gota gorda á *Orléans*, ¿por qué diablos no has seguido la carrera militar, tú que descendes de esa raza de héroes salvajes de Ultramarinos?

—Luciano... Luciano...

—No te inquietes: no puedo, por más que lo desee, tomar esta farsa de la vida por el lado serio. Cállate cual es... lo que es... Tú te pareces á Heráclito, yo á Demócrito; tu lloras, yo río:—¿quién tiene razón? Convén en que no eres tú quien lo puede decidir.

—Pero en una circunstancia tan solemne...

—¡Bah! Es darle demasiada valor á unos cuantos peses de florote.—Pero hablemos de un programa para el día de hoy. Salimos al campo, matas de una cuarta ó una segunda á ese café de tu compatriota; nos despedimos de su testigo, á menos que desee morir, en cuyo caso me encargo de satisfacer su capricho; volvemos á la ciudad, á almorzar en el Tortoni, vamos á buscar á tus amigos Zorrilla y el otro, que no sé cómo se llaman; os llevo á que conozcáis á mi judía, que es una Venus; comemos en el café Inglés, y luego nos vamos á oír á Racine

por medio del vehículo *Rochet*, ó á rítmos de las farsas de *Levasseur* en el teatro del *Palais Royal*. Después...

—Si no te conociese á fondo, creería que tienes mal corazón. ¿Es posible?...

—¿Que haya un cadáver mas, qué importa al mundo? Ya ves que te contesto con un verso de tu poeta favorito...

—Mi amo, dijo el negrito entrando, abajo espera el carruaje.

—Vamos, dijo Federico saliendo del cuarto.

—*Allons enfans de la Patrie*, contestó Luciano siguiendo á su amigo.

VI.

Algunos años después, Luciano dirigía á Carlos, el amigo que dejó Federico en América, la siguiente carta:

«Mi querido señor:

«Todas las cartas de V. se han recibido, é inmediatamente dirigí al punto donde se hallaba nuestro desgraciado amigo, el cual ha estado viajando en este último tiempo por varios países de Europa, Asia y Africa. Voy á decir á V. cuanto sé de su historia, posterior á la visita que hizo á esa.—A su vuelta vivía aquí entregado al estudio: el recuerdo de sus pasados infortunios se iba debilitando poco á poco; por grados renacía su espíritu y su corazón á la esperanza de días mas serenos. Un incidente muy honroso para él le ocasionó un duelo, en el cual recibió una estocada bastante grave por la ilimitada generosidad de su carácter, que V. tan bien conoce, y que le ha hecho cometer en su vida mil nobles imprudencias. Restablécese lentamente, y los médicos le aconsejaron los aires del Mediodía. Fué á España. Durante su permanencia en Madrid, nuestra correspondencia era casi diaria. Llegó una época en que sus cartas tomaban un tinte tal de alegría y felicidad, que conociendo su alma vehementemente y apasionada, empecé á concebir serios temores para lo futuro. Federico amaba y esperaba... creía ser amado. De pronto cesaron sus cartas, esperé algunos días, y no recibiendo noticias suyas, escribí á nuestro embajador en aquella capital. Contestóme que Federico había desaparecido sin despedirse de nadie. Me puse inmediatamente en camino; llegué á Madrid, y después de mil inútiles pesquisas, supe que se había marchado á Italia á unirse al movimiento revolucionario de aquel país. Pero todo había concluido ya: seguía sin embargo, y después de recorrer por dos veces aquella hermosa península, le encontré casi moribundo en una pequeña ciudad de Lombardia. Mis cuidados le volvieron á la vida; pero es tal la que arrastrá desde entonces, que casi me arrepiento de no haberle dejado morir.

«Caballero, he sido el mas alegre y aturdido de todos los jóvenes de mi edad; la tristeza de Federico ha muerto mi alegría. Nunca he sabido la historia de Madrid; acaso se la cuente á V. He alcanzado á fuerza de ruegos esa carta que le incluyo; diómela cerrada, é ignoro su contenido; pero si por él vislumbra V. alguna esperanza, en nombre de la amistad, en nombre de la humanidad, ruegó á V. que venga á unir á los míos sus esfuerzos para salvar á nuestro desgraciado amigo. Todo de V.—LUCIANO.

Federico á Carlos.

«No puedo por más tiempo negarme á contestarte: nunca fui ingrato, pero mi corazón no vive sino para el dolor sin esperanza. Las gratas emociones de una amistad sincera y probada como la tuya, no tienen entrada en él. Yo me complazo en el dolor; ha llegado á ser mi natural elemento. Si por una aberración de la suerte todo me sonriera de nuevo en la vida (digo todo porque sé que el único bien que de veras he anhelado, es un imposible para mí; esto te lo explicaré después), me creería aun mas desgraciado.—Hallo cierta voluptuosidad desgarradora en el extremo infortunio.—Como el Ajax de Homero, me resigno á morir; pero deseo que peleen los dioses contra mí. La menor intermisión en esta horrible fiebre de la desgracia me parecería un insulto—mas aun... un sarcasmo.

«Pero me pides detalles de mi vida; si me los pideras de mi muerte ó de mi agonía, anduvieras muy acertado.—¿Sé yo por ventura lo que pasa por mí?—Soy una sombra que se desliza solitaria por entre los humanos, como el chacal del desierto al través de sus inmensos arenales. Sensible solo á mi dolor; muerto para todo lo demás.—Las naturalezas mezquinas se vuelven egoístas con la prosperidad; las almas generosas llegan al mismo resultado con el dolor.

«No sé lo que es de mí; vivo como una máquina; pero puesto que te escribo, voy á darte cuenta de las últimas sensaciones de mi vida. Por más estrañas que te parezcan mis palabras, te digo, Carlos, que he muerto. Pero voy á contarte el último episodio de mi azarosa existencia.

«Era al espirar de una tibia tarde, á orilla de uno de los mas hermosos lagos de Italia, el de *Garda*. El céfiro vespertino jugueteaba con mis largos cabellos, ya en parte encanecidos: mi frente, ardorosa con

(1) Puzos francés, pueblo de valientes, la libertad s'en va por los brazos. Hechosos: ¡sed melancólicos y respondidos! ¡sednos soldados!

(2) Recuerdos de una improvisación de Coligny contra la injusticia de un profesor de caligrafía. *¿Qué importa la razón cuando se tiene la fuerza? Robar no es un pecado.*—Pero es latido, y el estudioso poeta firma una cascada de tiempos en su romance.

la fatiga y el calor del día, volvía por grados al temple natural. El silencio que allí reinaba, solo interrumpido por el blando murmurio de las azules ondas, levemente rizadas por la brisa de la tarde; lo suave de la temperatura; la anterior fatiga y el presente descanso, me hicieron caer poco á poco en ese estado intermedio del sueño y la vigilia. Aquel cielo trasparente y sereno, aquellas colinas, aquellas agoas, me recordaron los bellísimos paisajes del suelo nativo; empecé á meditar.

«Lentamente se fueron desvaneciendo á mi vista las verdes orillas del lago, sus azules aguas, y aquel cielo tan hermoso. Línea por línea fué evocando mi memoria el amoroso semblante de mi madre; la veía, la tocaba, estaba reclinado en su regazo. Sonido por sonido fué recordando su melodía favorita; silaba por silaba las palabras de aquella cancion; me puse á cantar.

«Sucesivamente fué reflejando el cristal de la memoria el panorama de mis pasados días: los pueriles juegos compartidos con mis hermanos en el hogar paterno: los primeros triunfos escolares: las primeras emociones de la adolescencia: el primer amor:—aquí empezaron los dolores.—¡Cuántos desengaños amargos, cuántos larguísimos padecimientos por tan breves instantes de dicha falaz!—Luego vinieron las aspiraciones generosas de virtud y gloria.—¡Cuántas decepciones!—Fuera de las riquezas y del poder, porque nunca las he ambicionado, y tengo ya mas de treinta años; ¡tras de cuántos fantasmas corrí!—Y después de una larguísima y azarosa jornada, á la manera del peregrino de Sahara, descubrí en medio de aquellas vastas soledades un oasis risueño. La última mujer que he amado: la única que he amado: el primero y último amor de mi vida, porque los demás no fueron mas que devaneos del ánimo; pasajeras fantasías.

«Era una mujer, amigo mio, porque ha muerto para mí, sobre la cual derramó el Hacedor Supremo todas sus bendiciones. Hermosa, inteligente y buena, como debió ser la primera antes de que el pecado la condenase á las miserias é imperfecciones de la naturaleza mortal.

«Pero mi tiempo había pasado: yo era la rama seca que arrebatan las primeras ráfagas del otoño, y ella el arbusto en plena florecencia, á quien acarician con su tibio aliento los céfiros primaverales. Ella entraba en el banquete de la vida, y mi alma había tocado los límites de la decrepitud moral. No podía comprenderme: aficionóseme por compasion, y un día que en un momento de olvido la dije mi amor, rióse de mí... ¡No me creía!

«Volví á la realidad y sentí lo que sentiria un condenado á muerte que en su última noche soñase con largos días de felicidad: mas aun: ¡porque yo había perdido hasta la esperanza!

«Estuve á punto de arrojarme al lago; pero Dios se apiadó de mí. Enjugué mis lágrimas: volví á tomar el báculo del peregrino, y seguí sin norte mi rumbo por el ilimitado desierto que se presentaba á mi corazón.

«Desde entonces no vivo: me arrastro; ¡por qué no he muerto, Dios mio, en tantos peligros como he arrojado? ¡Quién sabe para qué me conserva el Supremo Hacedor este soplo vital, pronto á extinguirse? Réstame algo que decirte:—¡Olvidame! Y si acaso piensas en mí alguna vez, sea como en el que ha cesado de existir.—¡Qué es mi corazón mas que un vastísimo sepulcro?—FEDERICO.»

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.

Dos años después se encontraron los dos amigos en las calles de París.

—Federico, ¿eres tú á quien veo tan robusto y alegre, cuando te suponía?..

—Para que no supongas cosas inciertas ó injustas, te daré en dos palabras la esplicacion del enigma. Aquella mujer tan bella, tan amada, y al parecer tan ingrata... es hoy mi mujer.

—¡Qué lástima de desenlace, lector! ¡Cuántas cosas había pensado decirte, que tengo que dejarme en el tintero!

—Pero necesito unos cuantos reales; estoy muy ocupado, y la primera parte de *Sin nombre* no puede ver la luz pública sino está escrita la segunda. Por tanto—*Vale el me ama.*

José HERBERTO GARCÍA DE QUEVEDO.

LA FLOR DE BESEDA.

LEYENDA ORIGINAL.

III.

RICARDO.

Era Ricardo un paje de Martín de Alarcón, y de él querido

con entrañable afecto decidido. Cual á hijo le trataba el ilustre señor; y no es extraño, pues Ricardo era amable, y le pagaba con amor y lealtad; y aun en su daño, su respeto á su amor aventajaba.

El jóven ignoraba de su origen la historia; mas siendo de su dueño la ternura, ternura paternal, no le amargaba del pasado la lúgubre memoria. Solamente sabia que le amparó Alarcón, aun siendo niño, y no le soureia de maternal cariño reminiscencia grata, que cual eco de tierna melodía infunde al corazón triste alegría.

Algunas veces tras de insomnio lento acaso le agitó sueño pesado, y vióse abandonado al dar al mundo su primer aliento; y con hidalga saña concibió que de un ermano era fruto, y que le alimentaba mano extraña: pero al nacer la aurora disipaba su pena asoladora.

Habian visto sus ojos encanecer la cunabre del *Velata* diez y seis veces ya; con los despojos de su alba vestidura, trocada en agua pura, contemplará otras tantas al campo alimentar flores y plantas, cuando por vez primera sintió en su corazón honesta hoguera; y amor sin esperanza perderse en lontananza miró el horizonte de su vida; y maldijo el instante en que nació sin un ilustre nombre que le diera la noble mano de su Inés querida.

La ama ha como al fuego la mariposa bella, como el puro rocío que entre la flor destella al sol que la devora en seco estío; sin que jamás su labio pronunciara de amor el dulce agravo. No, que tanto temía doña Inés la calma, la infantil alegría tesoro de su alma, y á quien tanto debía no con ingratitud pagar queria.

Por eso al recibir la flor hermosa que en momento febril pidió á su ama Inés, largo rato aplicada sobre sus labios, con delirio ardiente la estampó amante beso; mas pronto recobrado de su primer estático embleso, sintiose acojogado su pecho enamorado: porque vió lo profundo del abismo á que marchaba él mismo, y aumentaba su pena ver presa á Doña Inés en su caduca.

IV.

REG. JUEZ Y VERDUGO.

En un salón vastísimo de gótica estructura, colgado con tapices de pálido color,

y encima de una mesa
de octógona figura
difunden dos bujías
trememente resplandor.

De trecho en trecho penden
sobre el macizo muro
rudas armas que brillan
con indecisa luz;
y como sombras vagas
se ven allá en lo oscuro,
sobre la ojiva puerta
dos genios y una cruz.

En un sillón sentado,
sobre la mesa el codo,
en la mano la frente,
cruzados ambos piés,
el de Alarcon pronuncia
con apacible modo
palabras que estremecen
á su hija Doña Inés:

—No es justo que malogres
tu hermosa primavera,
Inés del alma mía,
en esta soledad;
el mundo me reclama
tu vida placentera,
y el mundo gozar debe
tu angélica beldad.

—Ese lenguaje...

—Estrañó

lo juzgarás, querida,
y en mí, tu padre amante,
mas debe parecer;
pero si sacrificio
la calma de mi vida,
es por colmar la tuya
de dicha y de placer.

—A vuestro lado solo
podiera ser dichosa,
si, padre, á vuestro lado
dejadme ser feliz.
—No pienses, hija mía,
que dicha tan hermosa
mi corazón rehuse,
si humilde tu cerviz

Acata los preceptos
de un padre que te adora.
—Hablad. Obedeceros,
por Dios os juro! Hablad.
—Nunca de tí apartarme
también te juro ahora,
mas oye al mismo tiempo
mi firme voluntad.

Sintió la bella jóven
temblor imperceptible;
presentimiento fúnebre
su corazón heló;
que al par de afectuoso
también era terrible
el paternal acento
que en su oído resonó.

Una imprudente lágrima
disimuló el anciano;
era de algún recuerdo
la destilada hiel:
pasose por el rostro
la temblorosa mano,
y así empezó su lengua
revelación cruel:

—Sin duda ignorar debes
una pasada historia,
que aun estremece hoy día
mi rudo corazón;
aunque creyera un tiempo

que, débil la memoria,
en fuerza de los años
perdiere su impresión.

Una madre tuviste
purísima, inocente,
de mis hermosos días
adorno celestial;
era su amor el lauro
de mi guerrera frente,
pero su amor á entrambos
nos hizo mucho mal.

Hija de Ali-Atar era,
moro de gran valía,
sin dolo convertido
á nuestra santa fé;
y antes de ser mi esposa,
mientras la guerra ardía,
de Tristan de las Casas
amante tierna fué.

Amábala el guerrero
con intención tan sana,
que á mí, su fiel amigo,
jamás lo reveló;
pues dar su nombre y mano
juró á la musulmana,
y no quería con mengua
unirse á la que amó.

Lidiando por su patria
de Armilla en la refriega,
tocole como bueno
por suerte sucumbir;
y en sus postreras ansias,
sobre la misma Vega,
me dijo acongojado:
«—Martin, voy á morir:

« Solo mi alma desgarró
« de amor pendiente ultraje...
« en la alquería de Cónchar
« un niño encontrarás...
« Por Dios! no le abandones...
« cuando al sepulcro baje,
« salva el honor de Zaida!...
« Adios!... no puedo mas!... »

Un año había pasado
des que Tristan muriera,
cuando á la cruz Granada
su frente dobló;
con nombre de María,
cristiana Zaida era,
y á poco de este tiempo
su mano me entregó.

Con lóbrego misterio
cubrí su afan prolijo,
que capa era bastante
mi honor á su deslíz:
lloraba entonces muerta
su desgraciado hijo,
mas bien pronto á mi lado
se reputó feliz.

Dos años trascurrieron
en plácida armonía,
sin que un instante solo
sufriese de dolor;
y lo que fué al principio
deber de amistad pia,
pronto lo vi trocado
en apacible amor.

Con amistad muy sincera
mi casa frecuentaba
Don Inigo de Ulloa,
guerrero de alta prez...

—Sí, le conozco.
—Y sabes
que en él nace y acaba

del pundonor la norma,
la gala de honradez.

Eran las noches gratas
con él y con María;
tú como un ángel puro
dormías junto á mí...
Qué recuerdos tan dulces,
Inés!... mas oye, un día
inspiróme el infierno
terrible frenesí.

Don Ínigo era jóven,
era hermosa tu madre,
los años ya en mi frente
marcaban la vejez...
Perdóname, hija mía,
perdónale á tu padre,
fatídico arrebató,
fascinación tal vez.

Tuve celos!... No estrañes
tan loco desvarío:
Don Ínigo era jóven,
tu madre era una buri;
y obsequios inocentes
optados sin desvío,
mas de una vez con ira
reconcentrada ví.

Una noche, era tarde,
zumbaba la tormenta,
que en torno de Granada
se concitaba audaz;
y al pisar mis umbrales
la vista fijé atenta
en una sombra rápida
que ví pasar fugaz.

Era un hombre; á mi puerta
sus pasos dirigía,
pero una luz entonces
le atrajo á un callejón;
la luz iluminaba
la estancia de María,
y el hombre osó atrevido
trepar por el balcón.

Cegué de loca furia:
mis ojos no miraron

sino la negra infamia
cubriendo mi cuartel;
la luz por una seña
mis celos reputaron;
no ví mas que un amante
y una muger infiel.

Subo azorado, trémulo,
penetro hasta una sala,
do solo débil puerta
permítame oír hablar:
allí mi astucia suma
con mi rencor se iguala;
mi agitación comprimo
y esto llevo á escuchar:

«—Si habrán podido verme?
«—Nada temais.—Si temo,
«y mas que por mí mismo
«aun temo mas por vos.
«—La calle está desierta,
«sois tímido en extremo.
«—Si mi esposa supiese...
«Si el de Alarcon...—Por Dios!

«Vuestra amistad es íntima...
«mi honradez os escuda:
«aquí os hallais seguro.
«—Señora, sí, es verdad.
«—Y esa intriga, Don Ínigo,
«no me direis?—Sin duda...»
No mas entender pude...
—Y después?... Acabad.

(Continuará.)

FRANCISCO J. ORELLANA.

Nada escita tan poderosamente la virtud como los grandes ejemplos que proporciona la lectura. César vertió lágrimas porque su nombre era todavía desconocido á la edad en que Alejandro habia conquistado la mayor parte del universo. Las alabanzas de Aquiles alentaron el valor de Alejandro: Escipion Emiliano pensaba continuamente en formarse segun el retrato de Ciro, trazado por Genofonte, Bruto por las lecciones que encontraba en la historia de Polibio, y el Emperador Juliano tomó por modelos á Alejandro y Marco Aurelio Antonino. Carlos V no perdía de vista las instrucciones de Felipe de Cominés, y el cardenal Richelieu queria imitar en todo al cardenal Cisneros.

